

Quirarte, Vicente. *Enseres para sobrevivir en la ciudad*. Colección Los Cincuenta. México: Coordinación Nacional de Descentralización, Instituto Cultural de Aguascalientes, 1994.

*Enseres para sobrevivir en la ciudad* de Vicente Quirarte, es un libro apasionado y ágil que con avidez explora las potencias canónicas de ciertos objetos, lugares, estados de ánimo, conjeturas y recuerdos que el autor ha transfigurado en breves ensayos, semblanzas, y poemas en prosa destinados a abrir los ojos del lector hacia el lugar común baudelaireano y sus constelaciones insospechadas.

Estas páginas saturadas de agudeza y erudición rescatan de la indiferencia lo mismo al combo cesto de papeles que al lápiz y sus campeones, viajan por ese apéndice anticlimático llamado paraguas y celebran el perfume de la tinta, pero no por la vía del cursi ditirambo ni bajo el dictado de alguna remota religión contemplativa a *la Francis ponge*, sino mediante operaciones de carácter estrictamente literario cuya energía gozosa parece manar del proceso escritural mismo porque, como afirma su autor, antes que una fatalidad, escribir ha de ser un deleite.

En la inminencia de la realización, en el calentamiento de motores antes de emprender el vuelo, en la aventura incierta que significa llenar de signos una página, en la planeación de la estructura que acaso no respetamos a lo largo del trabajo, se halla la parte más intensa de la escritura.

Quirarte no riñe con el sentimiento del tiempo y el espacio. Lo reivindica. Harto quizá de los duelos metalingüísticos —por lo demás, excesivamente vaporosos y magníficos hoy en día—, el poeta draga en las profundidades del ser paisano, busca la esencia de la *civitas* llevando por yelmo una antena de miradas, por escudo la efigie encarnada del peatón y por divisa discurrir sin compromisos aldeaños a la observación misma de lo que es, tanto en las afueras del pensamiento como dentro de su mente que responde a lo externo con citas oportunas y cuidadísimas oraciones no exentas de humor blanco: “Para escribir, todo cuaderno sirve, desde los humildes cuadernos de portada de manila azul hasta las ostentosas libretas del II Papiro, cuya belleza es sólo igual a la del Duomo y las italianas”. O bien:

... Joel llega a su oficina con su serenidad contagiosa. De su portafolios saca la máquina de escribir portátil, un suéter por si acaso,

un chocolate contra las amarguras del día, y sus instrumentos de escritura. Lo hace con tal orden y pulcritud, que dan ganas de preguntarle si no traerá también los ingredientes necesarios para una orden de sushi.

En “Anatomía del cuaderno” Quirarte advierte una diferencia tajante entre el advenedizo de las letras, el que escribe sobre papeluchos sueltos, y el escritor consistente y tenaz que ejercita su razón de ser sólo en cuadernos puntuales, finos o corrientes, pero cuadernos al fin. (Quizá por eso Porfirio Díaz personaje de hojas sueltas si los ha habido, tenía siempre lleno el tacho de la basura y nunca se distinguió por dotes de ninguna clase.) “Anatomía del cuaderno” se impone la tarea de crear la preceptiva de ese adminículo maravilloso y corriente a la vez. No sólo es el cuaderno una “fauna” entera, sino además constituye una de las fuentes originales de casi todos los libros presentes y remotos. Habría que agregar que los cuadernos del porvenir adoptarán formas que amplificarán su género hasta el infinito. Está bien: todo tiene un límite. Véase por ejemplo, la rotunda negativa del poeta a aceptar “la agenda del escritor” como una forma de cuaderno navegable.

Una de tantas pruebas de la curiosidad cognositiva que exhibe *Enseres...* se halla en “La camisa del hombre feliz”, verdadera arqueología filológica de esa prenda. Según noticia revivida por Quirarte, Sebastián de Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana* (1611) la describió así: “La vestidura de lienço que el hombre trae debaxo de la demás ropa, a raíz de las carnes”. A ese primitivo esfuerzo léxico Vicente añade:

De ahí se deriva que en tiempos de Covarrubias, que eran los de Cervantes, no existía la intrusa camiseta y la tela entraba en inmediato contacto con la piel. Los grabados de Doré testimonian repetidamente el papel protagónico de la camisa en la vida cotidiana del manchego, a quien el ventero que ha de armarlo caballero, le revela que un caballero andante no lo es si no porta ‘dineros y camisetas limpias’.

A lo largo del libro se desplegará esta notable capacidad de hallar correspondencias significativas entre la historia de la lengua, artes plásticas, literatura y los menos conspicuos de la mundanidad de diversas épocas. Pero aquí el lector no parece tener la rigidez o afectación que suelen tener los textos configurados de esta manera. Esto es atribuible a la facilidad con que escribe Quirarte, un desen-

fado que recrea ecos de la definición que daba Lautrémont de la poesía y que aquel se ocupa de recordarnos: “El recuerdo fortuito de un paraguas y una máquina de coser sobre una mesa de operaciones”. Sólo que en el caso de la poética de nuestro autor no hay huella de surrealismo ni su prosa se sumerge en el río caudaloso de la escritura automática. Todo en *Enseres...* está controlado por un rigor suave, por una manía de perfección que a menudo da a la caza alcance, no tanto a través de la academia “voluntad de estilo” como de una genuina hiperestesia que ha llegado al tiempo feliz de su madurez.

*Enseres para sobrevivir en la ciudad* es el libro de la declaración de fidelidad absoluta al oficio de escritor. En la medida en que multiplica las fuentes del placer del texto, se trata de un verdadero refugio literario para sobrevivir a las obras maestras de la Ciudad de México: la miseria y el miedo a salir a la calle. De algún modo este libro misceláneo se antoja o sugiere también la materia prima de una novela en busca del tema central que hilvanaría todas sus pulsiones y escarceos narrativos. Aun los textos más débiles y circunstanciales —pienso en “El otro nacimiento de la primavera”, “Sacerdotisas del café con leche” y “Elogio de la torta”— despiertan a la sensualidad o a la melancolía, pero nunca al vacío de la escritura pirotécnica. Todo ello salta a la vista en las páginas dedicadas a distinguir “el oficio del escritor” del “oficio de escribir”, tema fundamental de todos los círculos de cafétomanos ligados a las letras. Mientras el primero desemboca a veces en la frustración y el abismo, el segundo, el oficio de escribir, “es un placer con diferentes grados de intensidad”, según se trate de un tipo de papel y pluma u otro; o del género literario, que puede llegar desde la caligrafía tachista de Michaux hasta la marginalia voltaireana, de donde surgió su obra *Edipo*. Sorprende la cantidad de nociones que sobre la parte tangible del oficio tiene Quirarte. Sabe qué papel usa cada uno de sus amigos escritores y artistas de ayer y de hoy, el tipo de pluma o lápiz con que han llenado sus planas, y diríase inclusive que es capaz de reconocer los grados de inclinación de cada puño y letra.

En “Los enemigos del escritor” entra en escena el Quirarte de los recitales, conferencias, simposios, presentaciones de libros y toda la gama de compromisos que como escritor debe cumplir a fin de conquistar el tiempo para realizar sus objetivos literarios. Advierte que si bien el trabajo del escritor “no es tan solitario como tradicionalmente se ha dicho”, tal aserto es equívoco, ya que antes deben vencerse “los fantasmas de la pereza, la inseguridad y la duda”, a los que habría que agregar los paraísos artificiales. Señala también otros

dos vicios muy frecuentes en nuestro medio: la notoriedad efímera construida a base de alianzas estratégicas con otros escritores, mas no con una obra genuina.

Moralista en el mejor sentido del término, Quirarte aboga por la autosuficiencia del libro que es —o llegará a ser— pese al posible olvido pasajero que a todo autor aflige alguna vez. Y termina con una metáfora algo manida, pero no por ello menos certera: “Su verdadera fiesta, la del libro, su presentación real, sucede en la soledad sonora del nido en el interior de la botella lanzada al mar”.

Cabe preguntar: ¿habrá libros dentro de cincuenta años? Los acelerados de la red de redes electrónicas aseguran que todos los libros de todas las bibliotecas un día estarán disponibles en Internet o lo que lo sustituya y llegan a vaticinar la desaparición de los libros tal como los conocemos. Al respecto ha dicho José Emilio Pacheco:

No es posible hablar de estos temas sin plantearse la siniestra duda: defender hoy el libro y la lectura, ¿no equivale a negar la realidad abrumadora y hacer el elogio de la diligencia y el barco de vela? ¿No significa ponerse con los brazos abiertos en medio de las vías sólo para ser arrastrado por la locomotora del progreso?

Una respuesta para todos los que amamos los libros y deseamos que sobrevivan a la homogenización de la cultura nos la regala Vicente al citar a Emily Dickinson:

No hay, como el libro, una fragata  
para llevarnos lejos.  
No hay transporte comparable a una página  
de rampante poesía.  
Semejante trayecto puede hacerlo el más pobre  
sin oprimir su bolsillo;  
que frugal el carruaje  
que a un alma humana lleva.

De los textos sobre nuestros contemporáneos, tal vez “El cuaderno negro de Francisco Fernández” sea en todo el libro el que más claramente muestra al Quirarte de prosa cálida y brillante. La admiración por su amigo poeta observa una regla de oro: leer con buena fe un texto de otro, el otro. Rara virtud en un medio que, como el nuestro, hace uso de una “mercadotecnia de aguachirle, cuando no del sometimiento incondicional a los caciques” para alzar los pabellones de

fama de los literatos. Para Quirarte el ingreso al mundo del cuaderno negro de Hernández equivale a una entrada gratis al oráculo de Del-fos. Tiene sentido, ya que el inmenso poeta en que éste se ha convertido hacen de la lectura de sus obras y de su confianza un placer por partida doble sólo accesible a unos pocos. Quirarte sintetiza así la poética de Francisco Hernández: “Si vivir es tragedia, el oxígeno para vencerla es la ironía, manifiesta en textos donde la fuerza de la vida es el único remedio para no morir”.

Entre todos los textos compilados en *Enseres para sobrevivir en la ciudad* prefiero “Muchachas que trabajan” y “En el Imperio de la jacaranda”. El primero es un poema en prosa desgarrador sobre virtudes humanas difícilmente advertibles a primera vista. Ejemplo de pundonor (como diría mi maestro de civismo), las “chachas” se transfiguran cinematográficamente en caracteres más atractivos en la medida en la que se sitúan en estratos sociales más ambiguos. Hay muchachas indígenas que nos recuerdan a la Lupe del cuento “Love Story” de Elena Poniatowska, mestizas, mulatas y, aunque pocas, criollas que comen tacos día y noche, chaparritas cuerpo de uva o grandes gerentes del departamento de cosméticos de un changarro enclavado en el corazón del centro histórico de la ciudad monstruo, CEOS del escritorio 524, peinadoras que no se peinaron, cajeras ojeras y esmirriadas... Hay desde luego secres ondulantes, sirvientas y Sally Fields venidas a menos. “Son las grandes ausentes de nuestra literatura”, recuerda Quirarte. Añado, no sé si ociosamente, que son asimismo las grandes sucesoras de las esclavas del Imperio Romano. El *pater familia* era dueño de casas, cosas y fámulas dentro de su dominio familiar. ¿Y qué ha cambiado desde entonces? Conmovido por su ausencia en nuestras letras (Flaubert lo hubiese apoyado), Quirarte reclama: “La muchacha que trabaja no pareció mover la pluma de nuestros escritores”. Aunque él mismo parece desmentir su constatación con un texto que, originalmente en prosa, me tomo la libertad de transcribir en verso libre a mi gusto:

Como una película que corre inversamente  
vuelven a casa, gastadas como el día,  
cansadas de una nueva humillación  
que la ciudad inflige a sus habitantes.  
Malcomidas, exhaustas, aturdidas  
por el aire sucio, ahora sí les molestan  
los piropos;  
ahora sí se vuelve un martirio el largo camino  
a casa en medio del desierto.

Pero el mayor y más inexplicable de los milagros  
 es que la misma muchacha volverá mañana  
 al combate, aromática, sonriente,  
 aurolada por su limpieza, con el corazón brillante y  
 lubricado,  
 dispuesta a romperse el alma para vencer  
 —este día sí— a la ciudad salvaje.

En “El imperio de la jacaranda” lo mismo que en “Balada del que vuelve a casa” el poeta se adelanta al prosista en una caminata jadeante; el arcoiris de antes vuelve a sus iridiscencias primigenias; los colores de los grandes árboles del parque México alzan el vuelo y caen sobre el asfalto de la nueva barbarie; el recuerdo y la vivencia se entrelazan en el caduceo de un escritor decidido a resolver los cajones de su propia historia para encontrar la joya de los instantes que ha guardado celosamente desde su infancia.

Las memorias de un hombre joven suelen certificar sus fanatismos. Este libro está casi exento de ellos. Pasiones, preferencias, inclinaciones van formando el mundo que el poeta desnuda ante la torva mirada de su época. Este libro de Vicente Quirarte —un tanto marginal por los sellos editoriales que ostenta y por su minúsculo tiraje de 1000 ejemplares— constituye una lectura que se agradece por su desinteresado apego a la autenticidad, por la amplitud de sus registros, por la calidad de su prosa, y sobre todo, por esa peculiar manera de recuperar las grandes plazas o los pequeños rincones de este “circo de montañas” lleno de veneno que es la Ciudad de México. Si un fanatismo recorre esta obra es el del piadoso y obstinado amor a la ciudad vencida. Y en ese derrotero lo acompañamos todos.

MARIANO FLORES CASTRO

Aguilar Camín, Héctor. *El error de la luna*. México: Alfaguara Hispánica, 1995.

En el mercado literario aparece en mayo de 1995 esta novela con un éxito inmediato y contundente. A los dos meses, en plena crisis, se tira la primera reimpresión. ¿Qué factores intervienen para explicar esta respuesta de acogida tan clara por parte de los lectores? Con esta pregunta en mente se organiza la siguiente reseña.

Sin lugar a dudas la trayectoria de Aguilar Camín, como escritor y periodista, invita para que el asiduo consumidor de literatura eche